

Contra la confusión

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

Nuestra liebre mecánica

Ya no puede haber una sola persona adulta que crea de buena fe en la independencia de la Justicia. **González** y **Aznar** han borrado hasta la menor traza de su apariencia. Antes de ellos, y hay que decirlo en su descargo, tampoco era posible que un juez y una sala de magistrados condenaran al jefe de un Gobierno criminal, aunque lo condenara la evidencia de los hechos ante la sala medio dormida de la opinión pública. En esta Monarquía de partidos, la independencia judicial es mera declaración retórica de imposible cumplimiento, dentro de las muchas por el mismo estilo que hace la Constitución, y que tanto placen al monarcómaco **Anguita**. Pero hubo que poner a prueba la falsedad del sistema para convencer de ese modo a los tontos homéricos que sólo se instruyen por el acontecimiento. Y la prueba ha logrado que hasta el más tonto de España quede por fin instruido. Corona, Gobiernos, Parlamentos, Tribunales políticos, Fiscales, Magistrados Supremos, votantes y medios de comunicación pusieron lo mejor de sí mismos, durante quince años, para que triunfara con apoteosis el experimento de la impunidad del crimen de Estado y la prevaricación.

El gobierno de Felipe puso los crímenes y robos. Los aparatos de partidos pusieron los sumisos parlamentos, los inútiles senados, las ilusorias comisiones de investigación, los fiscales beatos de estadolatría y los jueces supremos en iniquidad. Los medios alertaron las conciencias y adormecieron las opiniones. Y en ese paisaje de escenas obscenas, tan lleno de sangre, oro y deshonra como de voces alisonantes en su inmensa oscuridad, dejaron sueltos por el escenario de las sombras, en busca de autores y factores de las terribles fechorías: a un indómito lebral, ido y vuelto de la política; a un buen hurón, ido y vuelto del poder judicial; y a cuatro husmeadores de fino olfato legal. Hasta los duermecelas que, sin embargo, votan y los bienpensantes de profesión han podido ver que la carrera de un Gobierno criminal es inalcanzable por la Justicia, cuando su criminalizada liebre corre mecánicamente atada a la rueda de la fortuna irresponsable de una institución. Y las ratas de sus alcantarillas son inaprensibles porque se blindan con papeles que ni los sabuesos de conciencia pueden oler sin inmolarse.

Hay necesidad de reformar el sistema judicial para suprimir su bochornosa dependencia de la política. En el mundo de la justicia y de la acusación pública, todo está desorientado, desmoralizado, desalentado, desanimado, prevaricado o corrompido. Porque todo depende ahora de un Gobierno que ocultó las pruebas criminales del anterior y decidió instalar sus reales sobre un montón de cadáveres y de fortunas ilícitas, bajo el lema de que su misión no es perseguir o controlar a lo que ha devenido oposición. A la última dimisión de un buen magistrado sucede la inclinación de un débil fiscal. El Gobierno anuncia que emprenderá la reforma de la Audiencia Nacional, sin aclarar en qué sentido, cuando la serenidad retorne a las togas. Como si no hubiera sido Aznar quien provocó, un dos de agosto cercano, el hundimiento de la Justicia y la crispación profesional de la magistratura y la fiscalía, por indicación de un par de dignatarios que son por ley irresponsables. Y cuando toda Europa continental sufre la falta de independencia de la Justicia en los corrompidos sistemas de partidos, no deja de ser irónico que uno de esos dos entrometidos irresponsables, el Jefe del Estado francés, diga ahora la gran obviedad de que no habrá independencia judicial sin romper con la tradición napoleónica. La que nos puso la fiscalía a los pies del Ejecutivo y la Judicatura a los del ministerio gubernamental.

TRIBUNA LIBRE

El sistema más malo a excepción de todos los demás

[OSVALDO HURTADO]

Se repasan las críticas que cotidianamente se formulan a la democracia de América Latina, muchas de ellas ciertas y fundadas, podría llegarse a la conclusión, por cierto equívocada, de que sus instituciones carecen de méritos o tienen muy pocas virtudes. Transcurridos diecisiete años desde que se inició el proceso democratizador del subcontinente, al inaugurar Ecuador su gobierno constitucional en 1979, es necesario formular un juicio más constructivo.

Valdría preguntarse otra vez si realmente la democracia sigue siendo el más malo de los sistemas, excepción hecha de todos los demás. Y valdría la pena preguntarse por esa cuestión, analizando el desarrollo de la democracia en el subcontinente latinoamericano, un buen laboratorio social, económico y político.

Lo primero que se puede recordar es un viejo tópico. Es ya un lugar común decir que la democracia cubre toda la geografía de la región, excepto Cuba, como no había sucedido en ningún otro momento de su Historia.

Y que en un número importante

de países, por primera vez en ciento setenta y cinco años, un gobierno democrático ha sucedido a otro de la misma naturaleza. Efectivamente, así es.

Son menos frecuentes, en cambio, los reconocimientos a las realizaciones y aportes de la democracia.

Los electores mediante su voto libre y secreto, participan en la

de los ciudadanos a los eventos electorales, cuyos porcentajes suelen ser superiores a los que se dan en los países industrializados.

Las libertades de opinión y de prensa son generalizadas, se extiende la protección a los derechos humanos y se afianza la dependencia de las funciones legislativa y judicial.

Las fuerzas armadas han sido subordinadas a la autoridad civil representada por el presidente de la república y fueron sofocados los intentos de quienes quisieron alterar el régimen democrático.

Las constituciones se han perfeccionado mediante reformas realizadas siguiendo los procedimientos legales, en ocasiones como resultado de amplios consensos nacionales.

No son éstos los únicos méritos y realizaciones de la democracia latinoamericana. Con diversa fortuna y distinto grado de eficacia, los gobiernos democráticos pusieron en orden las economías y consiguieron superar las crisis, cuyo beneficio social más importante ha sido el abatimiento de la inflación, logro que no pudieron alcanzar las dictaduras.

Las instituciones democráticas fueron idóneas para administrar y superar los graves y desestabiliza-

«Los países latinoamericanos con más nivel de desarrollo son los que tienen más años de democracia»

generación de los gobiernos y muchos, individualmente u organizados, intervienen en la vida pública expresando opiniones y planteando demandas.

Se ha incrementado la concurren-

CARTAS

Las cartas enviadas no excederán de veinte líneas. EL MUNDO se reserva el derecho a resumir o refundir los textos. Pueden enviarse por correo, por fax (Fax: 586 48 48) o por correo electrónico (internet@el-mundo.es)

Carta abierta a Rafael Vera

Sr. Director: Nuevamente me veo obligado a salir al paso de la ofensiva difamatoria que el clan de Torrelovelones (rima con Corleone) viene dirigiendo contra mi humilde persona a través de algunos medios de comunicación.

Ahora le ha tocado a Rafael Vera hacer de correctivos. Por perder han perdido hasta el sentido del ridículo. Siguen bajando cuarenta peldaños en el escalafón para meterse conmigo. Si lo que pretenden es ganar el pleito a través de la Prensa, se podían ahorrar las decenas de millones que están cobrando sus abogados.

Hace casi dos mil años, en Grecia se decía que «la Justicia es como una tela de araña que atrapa a las moscas y deja pasar a los pájaros». Cuando esos pájaros han sido llevados ante los tribunales se ha puesto en

cuestión todo el sistema. ¿Qué está pasando en la Audiencia Nacional? Pues para que se enteren de una vez los ciudadanos, pasa que les quieren juzgar a Vera y otros como él por criminales y corruptos, y Vera y otros como él no se dejan.

Quizá estén esperando un terremoto con el epicentro en la Audiencia Nacional o se adelante el Juicio Final para responder como el Ausente, ante Dios y la Historia.

Ningún inocente teme a los tribunales de Justicia en un Estado de Derecho.

Dice el señor Vera que yo le escribí una carta en el año 93. Le he escrito más de una. Me acusa ahora de que le intenté extorsionar cuando él era nada menos que secretario de Estado para la Seguridad y yo un oficial de Policía a sus órdenes. Si según afirma, yo cometí un grave delito de tentativa de extorsión, él cometió uno más grave todavía: ocultarlo! ¿Puede explicar por qué no llevó la carta al juzgado de guardia y me abrió un expediente disciplinario?

Explique de paso a la gente qué hacíamos él y yo en Burdeos el 23-10-87, el 25-11-87 y el 14-1-88, y lo

buena que estaba la tortilla de patatas que hizo mi mujer, y que compartimos en Echalar (frontera francesa) con Julien Elgorriaga, el general Galindo y alguno más. Que el señor Vera explique por qué estuve liberado durante siete años a las órdenes del director general de Política Interior (con sus amables secretarías Mariquilla, Almudena y Flor) y del gobernador civil de Guipúzcoa.

Siga explicando de qué me conocían Luis Roldán, Iñaki López, Julián Sancristóbal, Txiki Benegas, los hermanos Múgica... para qué seguir.

El policía Carrillo al parecer, estaba en todas las salas (porque ellos me ponían).

Y aún me daba tiempo para recibir clases magistrales en el Instituto Vasco de Criminología, por ejemplo de don Enrique Ruiz Vadillo, don Manuel Cobo del Rosal, don Enrique Bacigalupo, señor Heike Jung, don Joaquín Jiménez o el fiscal Luis Navajas, o matricularme en Derecho en la Universidad del País Vasco.

En los ratos libres asistía a las concentraciones de la Asociación por la Paz de Euskalherria de Cristina

Cuesta o a tomar txikitos con los hijos de Fernando Múgica Herzog.

Me permito recordarle por enésima vez, lo mismo que al diputado Barrionuevo, que Vera y otros están procesados por las imputaciones de sus propios compañeros de partido (Damborena, Sancristóbal, Roldán) ante los que ellos llaman despectivamente *jueces estrella*. Es verdad que lo son. Pero serían necesarias todas las estrellas del firmamento para alumbrar hasta el último rincón la cueva de Alí Babá y sus cloacas, que sus señorías en nombre de todos los españoles administraron en beneficio propio.

Ya que por mi culpa se han tenido que bajar de la peana un ex ministro y un ex secretario de Estado, para ponerse a mi altura, me voy a permitir darles un consejo de amigo: olvidense de mi vida y no me obliguen a entrar en detalles oscuros de la suya. Del pasado y del presente.

Sigo estando puntualmente informado de sus andanzas y de sus miserias. Es que me lo cuentan.

El señor Vera me recuerda a Fouché, ministro de la Policía de Napoleón. Entró en política siendo un revo-